

# LA PERSONALIDAD POETICA DE DON JUAN VALERA

POR

JOSE M.<sup>a</sup> ROCA FRANQUESA

*A mi madre.*

*El ser entre toda la extensa obra literaria de don Juan Valera la poética la menos conocida, nos ha animado a redactar las presentes notas.*

Es un hecho frecuente, que las personas a las cuales se ha celebrado en un determinado ramo del saber o en una especialidad cualquiera, hayan sido injustamente olvidadas en otro orden, en el cual, si bien no pueden considerarse como primeras figuras, son dignas de ocupar un lugar digno de mención; tal es el caso de Leonardo de Vinci que, siendo eminente matemático, no es considerado en este aspecto; o el de Miguel Angel, cuyos delicados sonetos amorosos habrían figurado en las Antologías, si sobre ellos no se hubiese cernido, para eclipsarlos, la sombra gigantesca del artífice del MOISES.

Pero si dejamos la diversidad, que en un sentido lato podríamos llamar profesional, es decir, la representación que en distinto campo de la ciencia, letras o arte, tuvo la misma persona, y nos

atenemos exclusivamente a la obra literaria, tampoco carece de fundamento la observación que acabamos de hacer. Así vemos que ha llegado a ser un tópico muy frecuente negar el valor de Cervantes como poeta, afirmación absurda y carente de todo fundamento y que acredita a los que la admiten, o de carecer de sentido poético para comprender y gustar la verdadera poesía, o de desconocimiento de la misma, limitándose, al enjuiciar la de Cervantes, a repetir conceptos y frases archisabidas.

No trato de afirmar que Cervantes fuera en el campo de la poesía un astro de primera magnitud; en la bolsa de los valores literarios, se habría cotizado a más alto precio como poeta de no haber sido el primer novelista castellano de todas las épocas y de no haber vivido en una edad tan pródiga en producir grandes poetas de valor tan diferente como San Juan de la Cruz y Góngora, Fray Luis de León y Quevedo, Lope de Vega y Calderón de la Barca. A pesar de ser tenida en tan poco aprecio, la poesía de Cervantes es superior, por el tema y por la elevación de los sentimientos, a la de todos los poetas del siglo XVIII si se exceptúa a Meléndez Valdés.

Séame perdonada esta digresión traída aquí con el sólo propósito de aplicarla a Valera. Varias veces al leer la poesía de Valera me he preguntado: ¿Por qué no se habla de Valera como poeta?

¿Qué causas pueden explicar este mutismo? No vivió Valera afiliado a ninguna de las escuelas poéticas de por entonces; supo mantenerse equidistante entre neoclásicos y románticos. El eclecticismo como sistema filosófico, que profesa Valera, lo aplicó también a su producción poética. Es por educación y por temperamento un perfecto clasicista, pero este clasicismo no es obstáculo para que rinda homenaje a otras escuelas divorciadas ideológicamente de él: y así, al lado de sus bellas traducciones y adaptaciones del MAHABHARATA y de la VELADA DE VENUS o de la EGLOGA IV de Virgilio, traduce e imita a poetas románticos como Byron, Víctor Hugo y Heine. Así al eclecticismo filosófico sigue el eclecticismo poético. No se afilia a ninguna escuela, acepta

de todas aquello que tienen de noble y bello, haciendo perdurables obras maestras que en delicadas traducciones o paráfrasis incorpora a su poesía original.

Nada más injusto que los censores de Valera, que a vuelta de algunos disparates llegan a decir que su poesía es únicamente prosa rimada, pero de este juicio a las afirmaciones de Menéndez y Pelayo, hay un salto tan grande que sólo puede salvarse con la ayuda de la profunda amistad y veneración que por Valera sintió el ilustre polígrafo santanderino. Valera fué, a no dudar, el más culto de los poetas castellanos del siglo pasado, pero no el único como afirma Menéndez y Pelayo.

En opinión del P. Francisco Blanco García, Valera es «Un esceptico que expone las teorías de Pitágoras y Platón, de la escuela teúrgica de Alejandría y del misticismo cristiano revolviéndolas como las figuras del calidoscopio. Léase los versos eróticos A LUCIA, la oda EL FUEGO DIVINO, o el cuento sobre la belleza ideal titulado LAS AVENTURAS DE CIDE-YAHYE, y se verá al erudito que dice lo mucho que sabe, pero que no dice lo que siente. Ni se busque tampoco unidad y consecuencia en tan extraño modo de filosofar, que constituye una mitología más amplia, aunque no menos convencional, que la de los autores clásicos; mitología de mundos ideales en los que habitan, como en su alcázar, el amor, la verdad y la hermosura, y donde se atiende a la apariencia, no a la realidad de las cosas.

Aparte de las poesías originales, que al fin, y a pesar de todos los vulgarismos de dicción señalados en ellas por la crítica menuda, ostentan sello propio e inconfundible, ha aclimatado el señor Valera en nuestro idioma flores artísticas de remotos suelos y diferentes edades, como *PREVIGILIUM VENERIS*, baladas de Uhland, romances de Heine, y fragmentos del *FAUSTO* de Goethe; *EL PARAISO Y LA PERI*, de Tomás Moore, y varias composiciones de J. Russel Lowel, *Wetinore Story* y *John Greenleaf Whittier*, poetas norteamericanos (1).

---

(1) «Historia de la literatura española del siglo XIX», 3 volúmenes. Vol. II. Págs. 147-148. Madrid, 1903.



Si reconoce el P. Blanco el acierto de Valera como traductor, nos parece un tanto severo al juzgar la poesía original que pospone a las traducciones.

Desde muy temprana edad probó Valera su inspiración en el campo de la poesía lírica. En su AUTOBIOGRAFIA, (1) nos dice que a los diez y once años escribía versos. Sus primeras rimas son cantos de rebeldía a la manera de los poetas románticos con los que coincide cronológicamente. El primer manuscrito, que podríamos titular «Ensayos de infancia» y que no publicó, contiene poesías cuyos temas son, en palabras del propio Valera, «pájaros de mal agüero, bultos con negro capuz, brujas y sobre todo desengaños y desesperación a lo Byron y a lo Espronceda, y elogio y rehabilitación de las comediantas y mujeres de mala vida a la manera de Víctor Hugo que entonces me enamoraba»; todo lo cual constituye la temática del Romanticismo. La significación interna y personal, y la representación rebelde y revolucionaria de estos motivos era lo que aún no entendía nuestro joven poeta. A los diez y seis años había cambiado no poco en la selección de los temas; las brujas shakesperianas se transforman en hadas y magas que marcan amorosas el camino que ha de seguir el joven poeta; los pájaros de mal agüero son ya lindos pajaritos cuyos trinos delicados compiten con la voz armoniosa de la enamorada; las alabanzas a mujeres de mal vivir y comediantas, en sentidos madrigales a sus novias y amigas, a las que bautiza con los poéticos nombres de Delia, Laureta, Cintia, Luscinda y Lelia, etc. y los cantos de rebeldía y desesperación en odas a hechos y personajes memorables de la época.

El año 1844, Valera cuenta 24 de edad, como premio a sus estudios, su padre, el Marqués de la Paniega, le costea la impresión de un tomo de poesías que con el título de ENSAYOS POETICOS, apareció en Granada; el fracaso fué completo, y el disgusto del principiante mayúsculo a pesar de no haber sido el primero

---

(1) Publicada en el Boletín de la Real Academia Española, correspondiente al año 1914.

que como poeta había tenido, pues en 1839, su hermano mayor, don José Freuller, llevó algunas de sus poesías a Cádiz para someterlas a la censura de Lista quien las criticó agriamente.

No se vendió ningún ejemplar de los ENSAYOS POETICOS, y Valera recoge la edición encerrándola en un desván de su casa solariega de doña Mencía. ¡Mal se alentaba la naciente afición del joven poeta! El desinterés del público engendró en Valera un profundo desprecio por esta obrita a la vez que excusa el poco éxito obtenido por lo descuidado de su educación literaria: «Yo tengo odio y mala voluntad a aquel aborto mío y no sé por qué no hice auto de fé con él... Entonces apenas tenía yo diez y siete años, y mi educación literaria, mala o buena hoy, pero hecha por mí, había sido descuidada por completo... Sea como sea, aunque mis versos no son un milagro de precocidad, tienen el valor de precoces por lo lejos que estaba yo de todo buen influjo literario y por lo ignorante que yo era; yo no había estudiado ni Retórica, ni Poética, ni siquiera Gramática. El desdén y la indiferencia del público, me hizo, apenas publicado el tomo, conocer que valía poco, y aún exagerarme su escaso valor, avergonzándome además de las faltas que se hicieron patentes a mis ojos». La indolencia, que a través de toda su vida fué su punto flaco, se apodera de Valera ante el fracaso: «Consideré que no era mi vocación la poesía ni la literarura, y lo dejé todo, menos la afición a la vaga lectura, hasta que ya más tarde volví a escribir, o mejor dicho, empecé a escribir en prosa. En verso nunca dejé de escribir, pero no como poeta, sino como hombre de mundo, muy de siglo en siglo, pasando años y años entre una composición y otra». (1)

La poesía castellana a principios del siglo XIX, pasó por notables vicisitudes y tuvo muchos cultivadores, si sólo se atiende al número de los que se ejercitaron en ella y no a su verdadero va-

---

(1) Carta de Valera a Menéndez Pelayo. Cabra, 17 de septiembre, 1883. Del «Epistolario de Valera y M. Pelayo», recopilado por Miguel Artigas y Pedro Sáinz Rodríguez. Madrid, 1930.

lor. Al empezar el siglo dominaba la mal llamada poesía clásica; y decimos *mal llamada*, por que los que la cultivaron no fueron a beber directamente a las escuelas griega y latina, sino que adoptaron por modelos, rara vez a los autores del Renacimiento y casi siempre a los escritores franceses del siglo XVIII, que tanto distaban de la sencilla grandiosidad greco-latina.

No vamos a entrar en el estudio detallado de las escuelas poéticas que se formaron en nuestra nación, ni de las luchas sostenidas para alcanzar la primacía. Renacieron las dos tradicionales de Sevilla y Salamanca con las diferencias que se venían observando desde varios siglos. Estas escuelas clasicistas dominaron hasta que un fuerte movimiento literario de representación especial en el campo de la política, vino a enseñorearse de Europa; no es que desapareciera el clasicismo por completo, pero fué dominado por la fórmula romántica, que obtuvo bien pronto el culto de los grandes y el aplauso incondicional de la plebe. A la técnica de estas dos escuelas amalgamada con abundantes rasgos personales adquiridos por el estudio directo de los clásicos, se reduce la poesía original de don Juan Valera.

En 1858, publica Valera una nueva edición de sus obras poéticas. Forman el volumen algunas poesías nuevas, siendo la mayor parte arreglo y refundición de las publicadas catorce años antes, pero con tales modificaciones que pueden considerarse completamente nuevas. En esta impresión incluye el cuento «Las aventuras de Cide-Yahye», que aunque lo había escrito en el año 1844, no lo imprimió, pues pensaba hacer un poema extenso que quedó incompleto.

Al frente de esta edición de 1858, figura una Carta-Dedicatoria a su tío don Antonio Alcalá-Galiano, en la cual se condensa la parte dogmática de la poesía de Valera, viniendo a ser, por tanto, *un nuevo arte de hacer poesías*.

No siempre como suele suceder en estos tratados doctrinales, las ideas expuestas son aplicadas fielmente en la práctica, si bien

tienen el valor de dar a conocer el concepto que tiene el poeta de la poesía en general y de su propia producción.

En esta carta, escrita en tercetos, expone Valera con ligeras variantes, lo que treinta años después consignará en el Prólogo-Dedicatoria a Menéndez Pelayo de las *CANCIONES, ROMANCES Y POEMAS*, (Madrid 1886), hecho que demuestra que a los treinta años la personalidad y la estética literaria de Valera estaba completamente formada.

Valera cifra su afán de alcanzar renombre más con la pluma que en el ejercicio de su profesión diplomática, en la cual, «con comer pasteles de *foie-gras* y bailar bien la polka, está todo hecho» (1). Para obtener el aplauso del vulgo, no prostituirá jamás el arte; por ello no llega a alcanzar nunca verdadera popularidad, y su obra sólo será valorada por unos pocos jueces que supieron apreciar todo el mérito que encerraba esta poesía. Cual perfecto clasicista, es Valera un enamorado de la forma, describe la belleza con toda su desnudez, ayudándose raras veces de símiles y metáforas, ya que:

Encontrar en iglesia luterana  
o en mis versos imágenes, es raro (2).

Una duda y un temor acuden a la mente del poeta conforme avanza en su producción. Reconoce lo materialista de la época en que vive, y él, tan amigo del arte puro, de la belleza incorpórea, ¿no desatina al llamarse poeta?

Le anima en su camino la firme convicción de que lo es: «La modestia y el orgullo coinciden en persuadirme de que soy poeta... si no me considerara poeta no escribiría».

La belleza anda mezclada en el mundo con la fealdad y la razón ruda que mata toda creencia y no acierta a explicar el sentimiento de lo maravilloso; necesita de la poesía para expresar y dar forma al pensamiento, que al igual que la doncella hermosa, nece-

---

(1) Carta de Valera a Juan Navarro Sierra.—Madrid, 22 de enero de 1847.

(2) De la «Carta-dedicatoria» a Alcalá-Galiano, en «Ensayos poéticos», 1858.

sita del ornato y de la compostura para parecernos más atractivo.

Valera al igual que Lope de Vega, arremete contra el vulgo, que necio siempre, más se paga del ruido y sonsonete de las palabras que del altísimo sentimiento que las anima y las inspira:

Campo estéril que cubren muertas flores,  
vieja loca que gasta colorete,  
suelen los versos ser de mil autores.  
Mas al vulgo le agrada el sonsonete,  
y en habiendo palabras y ruido,  
en que haya sentimiento no se mete,  
ni le enfada lo falto de sentido» (1).

Pero no siempre la poesía ha de ser expresión filosófica y de conceptos altos; el verso, por lo mismo que ya de por sí reviste forma literaria, debe ser más cuidado y estilizado que la prosa, debiendo cuidar el poeta que las palabras se ajusten al significado y valor de la imagen que representan, cuidando de que palabras nobles no sean expresión de sentimientos triviales o de imágenes mezquinas; pero alado cual la Fantasía, debe volar más allá de la Ciencia, e inquirir el misterio de allí donde la Razón pura no se atreva a penetrar. La Poesía debe ser—al sentir de Valera—creación, y como tal, no puede haber misterio que no descubra ni idea que no penetre.

Las reglas nunca serán las que inspiren el pensamiento que ha de hallar feliz expresión en la Poesía:

No las reglas, el cielo es quien inspira  
al par del pensamiento soberano  
la forma que éste a revestir aspira.  
Hay en la forma un misterioso arcano  
que al docto preceptista desespera.  
Encarnarse no puede en verso humano  
lo que, viniendo de encumbrada esfera,

---

(1) Vid. nota 2 de la página 47.



no se enuncia con frases ni describe;  
más se encarna en la forma de manera  
que el alma íntimamente lo percibe,  
en la vaga armonía seductora  
del inspirado canto donde vive... (1)

La poesía que Valera adora no podrá ser emocional para tener la virtud de encantar a los delfines como la música divina de Arión, ni amansar a las fieras al igual que el dulce Orfeo, pero tendrá la virtud de ennoblecer el espíritu y elevar el alma al *inmortal seguro*. La poesía será el único consuelo para el alma enamorada de la belleza, la única flor tierna en el vergel de la vida cuando todas se hayan agostado por los embates del tiempo y de las pasiones... En horas de abandono y de desengaño, sólo en la Poesía hallará reposo.

Muerta la gloria de España, caduco y achacoso el león que dominó el mundo entero, materia al fin, materializado todo, y dominando por doquiera el espíritu mercantilista, sólo la Poesía se ha conservado pura, sólo ella puede expresar lo ideal, sólo en ella puede hallar reposo el Espíritu... Después del fracaso, el poeta vagará errante por las regiones quiméricas do mora el libre pensamiento; aquí le servirá de lenitivo a sus penas el recuerdo melancólico de la grandeza pasada; y el propio desengaño entonces inspirará sus versos, que, purificado su espíritu por el dolor, no podrán ser ya cantos terrenales, sino que serán la expresión de elevado sentimiento que en su macerada alma anide... Cesará el poeta en sus trovas mundanas, dominado por la Venus Urania cantará la belleza y los amores, pero cual cosa suprasensible y fuera del alcance de la ruín condición humana... Entona un himno metafísico inspirado en la inquietud espiritual que le atormenta, y en la grandeza de lo infinito que se afana vanamente por comprender. Pero inútil. De nuevo fracaso espiritual. Dudas y desengaño, y és-

---

(1) Vid. nota 2 de la página 45.

te podrá tornar en metafísica la fácil lira del poeta, el cual:

Al cantar la hermosura y los amores,  
metafísicamente ama y suspira (1).

Afirma el Sr. Alcalá Galiano que la poesía de Valera es clásica por esencia, como también lo son su temperamento y educación.

La poesía de don Juan Valera no es valiente como la de Zorrilla ni revolucionaria como la de Espronceda, no canta ni al mendigo, ni al reo de muerte, ni al pirata, ni al verdugo, ni a la ramera. Es la exposición razonada y tranquila de todo un sistema filosófico, que a través de muchas generaciones ha venido interesando a filósofos y poetas. Es un canto lleno de amor por lo eterno e inmutable frente a la bajeza y caducidad de las cosas terrenas. Es la manifestación del alma del poeta que temerosa va vagando incansable por los dominios de la Fantasía, hasta que es herido por el Desengaño, que convierte su pobre corazón en tronco seco lleno de dolor y de espinas; es la sencilla y candorosa ilusión que le despierta el dulce nombre de la amada a cuya armoniosa voz trenza apasionadas rimas el vate enamorado (2).

Es el triste clamor que cual ferviente plegaria brota espontánea del alma por la temprana muerte de Laureta y llega al altar del Señor (3).

Es canto lleno de arrogancia y virilidad, el anatema a la muerte y el recuerdo piadoso en el tránsito supremo de Espronceda, la certeza de su gloria venidera y el acerbo dolor por su pérdida prematura. (4)

Es la mágica visión de los sueños siempre presente, infierno y beatitud, noche y aurora, alegría y dolor a la vez para el alma soñadora del poeta. (5)

(1) Vid, nota 2 de la página 47.

(2) Poesía. «A Luscinda», Granada, 1941, y «A Lelia», 1843.

(3) Poesía. «En la tumba de Laureta», mayo, 1841.

(4) Poesía, «A la muerte de Espronceda». Granada, mayo, 1842.

(5) Poesía, La maga de mis sueños». Madrid, 1842.

Es néctar y es aroma; es visión del cielo a través de la máscara del mundo en la poesía «A Gláfira», la más delicada de Valera. Es laudo a la mano delicada, formada cual prodigio soberano por nácar y por rosas, por lirios y jazmines. (1) Es tránsito del alma al Paraíso al ser besado por la amada que tiene la virtud supraterránea de despertar en su alma enamorada la música divina de las esferas. (2) Es llanto quejumbroso de Mirtilo que lamenta el desvío de su Clori. (3)

Es melancólico recuerdo de su infancia de Granada, sus bellezas y su historia; del Genil y de la Alhambra; el sentir entre los brazos al amigo y el poder recostarse en el pecho del hermano. (4) Es elogio del mar omnipotente que trae a la memoria del poeta las múltiples veces que la noche le sorprendió en la muda contemplación del pálido reflejo de la luna sobre sus tumultuosas aguas y escuchando el silbido de las olas. (5) Es canastillo de olorosas frutas que ofrece la bella Filis a las ninfas para que le sean propicias en su amor por el viejo rabadán. (6) Es ilusión puesta en la copa colmada de riquísimo néctar que le brinda la graciosa mano de Laura. (7) Es coro de alegres y gallardas ninfas que en prado ameno cantan sus amores. (8) Es canto brioso del poeta que anuncia el feliz advenimiento de una edad nueva. (9) Es camino cuya ruta victoriosa han seguido multitud de héroes y de santos. Es melancólico recuerdo del tiempo pasado junto a la enamorada, escuchando sus dulces palabras más blandas que el murmullo del suave arroyuelo. (10) Es fundirse en un beso con la amada pensando

---

(1) Poesía, «A Gláfira, de dominó negro». Madrid, 1854. Es de las más finas.

(2) Poesía, «Amor del cielo». Río Janeiro, 1852.

(3) Poesía, «Idilio». Inserto en «El Comendador Mendoza», 1876.

(4) Poesía, «A mis amigos». Madrid, 1843.

(5) Poesía, «Al mar». Madrid, julio, 1843.

(6) Poesía, «Idilio del viejo rabadán», Madrid, 1876.

(7) Poesía «La ilusión de la copa»,

(8) Poesía, «Fábula de Euforión». Granada, 1844.

(9) Traducción de la Egloga IV de Virgilio.

(10) Poesía, «A Delia»; imitación de Lamartine.

en una dicha inextinguible. (1) Es beso furtivo a la orgullosa que contempla su belleza en las aguas cristalinas de un arroyo. (2) Es envío a la hermosa hermana, para que al leerla, le comunique su gracia y su belleza. (3) Es un canto a la Virgen misteriosa que, alejada de las falsedades del mundo, vive tranquila en el prado ameno, compitiendo en belleza con las flores más hermosas. (4) Es el recuerdo constante de la voz de la beldad que sueña, de la ninfa de las aguas, en el seno de la cual reposa adormecido. (5) Es endecha que acompaña su corazón y deposita en el seno de la bella al tener que ausentarse de su lado. (6) Es locura de amor cual la de Orlando, por unos bellos ojos que le encadenan. (7) Es el espíritu clasicista que anima la Fábula de Euforión, la Egloga IV de Virgilio y la Velada de Venus. Es brillante colorido en que se zurcen las leyendas orientales de mágica belleza, es el canto plañidero del desgraciado cautivo, y es entrega mística de la sultana amante. (8) Es fuego divino que anima y vivifica la materia orgánica, limpiándola de toda impureza. (9) Es religiosidad y panteísmo a la vez; es duda y afirmación; es espíritu y materia; es alma y cuerpo; es misticismo en perenne lucha para ir en pos y alcanzar la belleza ideal. Es triste recuerdo del amor perdido; llanto del corazón que tanto amaba, con una fe tan pura y tan constante que merecía mejor correspondencia (10). Es deseo de engendrar en la hermosura. Es concepción platónica del amor fundido con ideas originales y mezcladas con otras imitadas de Plotino, de la escuela de Alejandría,

- 
- (1) Poesías, «Canciones a Lucía», Nápoles, 1848. Inspiradas por *La Muerta*.
  - (2) Poesía, «La envidiosa», 1845.
  - (3) Poesía «A Sofía», Granada, 1844.
  - (4) «La Virgen misteriosa»
  - (5) Poesía, «La ninfa de las aguas». Granada, abril de 1841.
  - (6) Poesía, «Despedida». Madrid, 1847.
  - (7) Poesía, «Sobre la primera página de un ejemplar de Orlando», 1849.
  - (8) Leyenda oriental, «La mano de la sultana». Granada, 1845.
  - (9) Poesía, «El fuego divino».
  - (10) Poesía, «Desengaño», Madrid, 1846.

de los trovadores, de Petrarca, de Ausiás March, de los «Diálogos del Amor» del judío León Hebreo, etc. Es majestad y sencillez; es canto a la grandeza de la patria, recuerdo doloroso de sus glorias extinguidas, de sus enseñanzas pisoteadas y de sus instituciones escarnecidas. Es lucha de la Verdad y el Bien contra la Fatalidad y el Destino, primitivo dominio de éste, domeñado al fin por la triunfante resurrección de Cristo autor de toda luz (1). Es dulce nostalgia por el amor perdido. Es capricho momentáneo consignado galantemente en el varillaje de un abanico (2). Es madrigal en el álbum de las bellas (3). Es elevado pensamiento que alcanza la posesión perfecta y eterna en la morada de la cuarta esfera. Es fantasía que teje la danza infernal que aprisiona al duque y a la hermosa Catalina (4). Es llanto por la muerte de una niña (5). Es voz de arrepentimiento y perdón. Es burla y piedad. Es canto del que parte hacia el destierro y mira con lágrimas en los ojos y duelo en el corazón la belleza del suelo patrio que contempla por última vez (6). Es sentido y piadoso villancico, unido a la sencilla ofrenda de aquellos rudos pastores, que rindieron pleitesía y adoración al que nació en el pesebre de Belén (7). Es la irónica burla del espejo que en vicio y fealdad trueca la mayor virtud y la más eximia belleza (8). Es chanza de todos los sistemas filosóficos que por tan diversos y opuestos caminos, se proponen llegar a la meta única y última que es la consecución de la verdad. Es seria y humorística, sin faltar los ribetes picarescos (9). Es grandeza en las traducciones del MAHABHARATA; arrogancia y valentía, en las

---

(1) Poesía. «La Resurrección de Cristo», Madrid, 1850.

(2) Poesía. «En un abanico», Madrid, 1873.

(3) Poesía. «En un álbum». Río Janeiro, 1853.

(4) Poesía. «Romance de la hermosa Catalina», Lisboa, 1850.

(5) Poesía. «A la muerte de una niña», Río Janeiro, 1853.

(6) Poesía. «Último adiós», Madrid, 1859.

(7) Poesía. «Ofrenda de los pastores», Madrid, 1860.

(8) Poesía. «El espejo» (fragmento).

(9) Poesía. «Arcacasúa, poema euskaro, místico y picante», Deva, 1871.

de Lord Byron; colorido, en las de Tomás Moore; belleza melancólica, en las de Garrett; dulzura, en las de Geibel; majestad, en las de Víctor Hugo y Goethe; sencillez, en las de Luis Uhland fuerza imaginativa, en la de Fastenrath; emoción y sentimiento, en las de Abul-Beka; elegancia, en las de Wetinore Story; concisión, en las de Rusell Lowel; religiosidad y duda, en las de John Greenleaf; ternura, en las del Príncipe Ipsilanti; delicadeza, en las de Enrique Heine, y finalmente, armónica serenidad en todas; es en síntesis la expresión de la eterna lucha para la consecución del triunfo y posesión o mejor dicho, identificación con la belleza ideal, máxima aspiración del amor.

A juicio de Valbuena Prat, «Valera da señales de una poesía presidida por la musa de la inteligencia, entre traducciones de clásicos y delicadas notas circunstanciales» (1). Juicio acertadísimo que encuadra en pocas palabras toda la producción poética de Valera.

La crítica nunca ha estudiado a fondo la poesía de Valera, el vulgo no la entiende; de aquí el olvido al que ha sido condenada injustamente.

Fácil hubiera sido a Valera alcanzar popularidad con solo abrazar la escuela romántica. El clasicismo es orden, método perfecto, sujeción de la obra que crea a la estrecha ley de las unidades dramáticas, preconizadas por el Estagirita; en cambio el Romanticismo. es libertad en el fondo y en la forma; abundancia en el sentimiento, llegando con suma facilidad al corazón del vulgo, que por lo mismo que le comprende, alcanza un más amplio desarrollo; pero esta máxima libertad que preconizaba el Romanticismo, el desacato a toda ley con exclusiva sujeción al libre pensamiento y a la autónoma voluntad, se avenía mal con el racionalismo ecléctico que siempre profesó Valera, con la sujeción armónica del pensamiento al tema, con la profundidad filosófica rayando en lo meta-

---

(1) «Historia de la Literatura española». Vol. II. Edit. G. Gili Barcelona 1937, pág. 838.

físico de los pensamientos, que expone con la serena elegancia de las formas y con la belleza de los modelos escogidos; cualidades todas que por no ser comprendidas por el vulgo, nunca le pudieron llegar al alma, que más prefería la llaneza un tanto prosaica de la leyenda de capa y espada, que la sentida y elevada entonación de un poema filosófico-religioso, o la majestuosa vibración de la oda sagrada. Por eso Valera no llegó a alcanzar nunca verdadera popularidad. Por eso no se habla de don Juan como poeta. Por eso en la mayoría de los tratados de Literatura, se le cita únicamente como autor de PEPITA JIMENEZ, de diálogos filosóficos a la manera de ASCLEPIGENIA y cuentos como la BUENA FAMA o EL PAJARO VERDE, sin hablar de su valor como poeta, y sin tener en cuenta sus maravillosas lirás de EL FUEGO DIVINO, ni el pensamiento, más filosófico que cristiano, que anima su oda, LA RESURRECCION DE CRISTO, ni el sentimiento bucólico, nervio de los bellos idilios que adornan EL COMENDADOR MENDOZA, ni el platonismo de las canciones A LUCIA.

Fué don Juan Valera un purista enamorado del fondo y un artífice de la forma, por eso su poesía únicamente podrá ser gustada por los que la sientan, y al sentirla la entiendan, y al entenderla sepan apreciar las múltiples bellezas que contiene, y nunca alcanzará la popularidad que tan sólo se obtiene por la facilidad de intelección y la llana sencillez de la forma, cuando no por la trivialidad de los asuntos tratados.

Para el poeta romántico, no es preciso frenar las pasiones, ni someter el corcel de la fantasía a la dura disciplina de las reglas. Sin necesidad de examinar el valor de las ideas, las ordena para conducir las al fin; de un hecho casual y fortuito—el dispararse casualmente la pistola a don Alvaro, cuando la rinde a los pies del Marqués de Calatrava—arranca el engranaje de una gran tragedia, y esto es lo que da verdadera popularidad al teatro romántico. Valera nació demasiado tarde para abrazar el Clasicismo, (al cual estaba abocado por educación) que en España había terminado con plena decadencia, pero sabe aprovechar, guiándose de su

natural espíritu crítico, de las dos escuelas: Clásica y Romántica; la belleza de la forma, lo verdaderamente poético, y amalgamándolo e imprimiendo en la obra el sello de su personalidad, crea una nueva poesía, que Alcalá Galiano no duda en conceptuar de poesía sabia, y en la cual Valera expone su ideología y vuelca sus múltiples conocimientos.

La poesía de Valera es eminentemente lírica, y como tal puramente subjetiva y la expresión íntima y sincera de quien la escribe.

El poeta debe exponer en sus versos sinceramente lo que siente, y por ser la poesía la expresión íntima de sus sentimientos, no ha de tener la llaneza y facilidad para que de todos sea comprendida. La poesía lírica—a mi entender—tiene que ser algo que impresione al lector, algo, que aún no llegándolo a comprender en su verdadero sentido, despierte e hiera su sensibilidad de una manera agradable. Es un abocamiento total del alma del poeta en su obra. Tratar de comprenderla en su significado intrínseco, sería reducirla a una pura fórmula matemática perdiendo toda su espiritualidad, para reducirse a simple cálculo. Siendo diferente en todos los humanos la forma de aprehensión objetiva, será diverso también el subjetivismo de los poetas, y por tanto raras veces o jamás idéntica la manera de concebir e interpretar una poesía. Querir adentrarse en el hondo sentir, en el espíritu humano, es punto menos que imposible; de aquí mi afirmación de creer inútil llegar a buscar el sentido íntimo y personal de una poesía lírica; podremos dar a una poesía cualquier interpretación, pero ésta no solo no será la que le dió su autor, sino que me atrevo a decir que en algunos casos será contraria. Experimentar una sensación agradable, algo que nos haga sentir y vibrar intensamente, es el verdadero objeto de la poesía lírica, todo lo demás, buscar por qué el poeta dijo tal o cual cosa, o la escribió de esta o de aquella manera, es apartarse del verdadero sentir de la poesía lírica; será—si se quiere—estudio crítico; será afán polemista; será un puro formulismo matemático; pero jamás podrá ser estudio profundo de lirismo, ni análisis del sentimiento, móvil de toda poesía lírica. En refuerzo de



lo que decimos, y sin apartarme del tema primordial de estas breves notas, añadiré que, las mejores poesías de don Juan Valera, no son aquellas en las cuales la intelección es general, es decir, que todos las interpretamos de la misma forma, sino aquellas que por su aire de duda, por su tesis filosófica y su sentido un tanto extraño, hacen que nos preguntemos al leerlas y releerlas múltiples veces: ¿Qué querrá decir con ésto? ¿Qué significación filosófica cabe aplicar a tal o cual pensamiento?

Las mejores poesías de Valera son sin duda AMOR DEL CIELO, EL FUEGO DIVINO, A GLAFIRA, las canciones y soneto A LUCIA, la oda A LA RESURRECCION DE CRISTO, los idilios insertos en la novela EL COMENDADOR MENDOZA y el cuento filosófico LAS AVENTURAS DE CIDE-YAHYE, que son a no dudar las más subjetivas que escribió el poeta y por lo tanto las de menos fácil intelección.

Dice el P. Blanco García, que don Juan Valera no es un poeta sincero. Yo me atrevo a afirmar lo contrario. Nadie puede poner en duda que la poesía lírica ha de ser fiel reflejo del alma del poeta que la escribe; pues bien, en este sentido la poesía de Valera es verdadera y sincera, porque si bien es cierto que refleja un estado de duda, de inquietud moral, de propia desconfianza en lo que le rodea y de una cierta ironía y escepticismo, para los problemas más fundamentales, no lo es menos que todo esto era don Juan: un escéptico, un filósofo que no sabe a que doctrina atenerse por que todas le parecen insuficientes y ninguna le satisface, un hombre que no afirma pero tampoco niega, porque no tiene motivos suficientes para negar; un hombre cuyo ideal, como acertadamente escribió Clarín, consiste en no tenerlo (1). La duda metódica de Valera se reduce a las siguientes palabras: «Yo no digo jamás lo que quiero decir, sino lo que algo que no soy del todo, ni depende de mi voluntad, resuelve que yo diga. Así es que todo escrito mío

---

(1) Vid. Clarín. «Crítica de El Comendador Mendoza», en «Solos de...», Madrid, 1891.

parece un examen de conciencia, o una confesión arrancada como por fuerza y no hecha con deliberante propósito» (1).

Apesar de su fama como novelista y de su nombre como crítico, Valera como poeta nunca obtuvo verdadera popularidad. Por qué? La principal causa hay que buscarla en la propia educación de Valera. D. Juan, todo corrección, elegancia y exquisitez de gusto, jamás se avino en poesía, por el alto concepto que de ella había formado, para obtener el aplauso del vulgo, a «hablar en necio para darle gusto». Era liberal y demócrata en política, pero sumamente aristocrático en el gusto y costumbres.

Su amigo Menéndez Pelayo, trata de explicarnos la poca popularidad de la poesía de Valera: «El Sr. Valera, tuvo como poeta la desgracia de llegar demasiado pronto, de adelantarse a la época en que comenzó a florecer, por lo cual, si es verdad que agradó a unos pocos y selectos jueces, que supieron entender y gustar las novedades que el libro traía, halló en cambio cierta frialdad en la masa del público que aun seguía las corrientes románticas, y también en el ánimo de los críticos enamorados con exceso de las formas oratorias de la oda académica» (2). Dice el señor Menéndez Pelayo a quien acabo de copiar, que la poesía de Valera, «halló cierta frialdad en el público», la cual se atribuye a que éste gustaba aún del tema romántico. Algo de esto hubo sin duda, pero no fué la afición al tema romántico la causa exclusiva de la poca popularidad de Valera como lírico. Creemos más bien que la poesía de Valera no gustó por lo declamatoria, por el aire de duda que la envuelve, por lo recargada de mitología, por el afán de querer volcar en unos cuantos versos los múltiples conocimientos adquiridos por su vastísima lectura, y quizá tal vez, por la profundidad del pensamiento filosófico que anima a las más bellas de entre todas, y que no pudieron ser comprendidas del vulgo.

---

(1) Carta de Valera a Menéndez Pelayo. Washington. 15 de julio de 1885.

(2) Del prólogo de Menéndez Pelayo a la edición de «Canciones, Romances y Poemas» de Valera. Madrid, 1886.

Cábeme preguntar, ¿es que la persona medianamente instruída puede penetrar el sentir de la poesía de Valera? A nuestro juicio no.

Para que la poesía alcance verdadera popularidad, debe ser sencilla y sincera a la vez; debe ser la expresión del pensamiento del autor puesto al alcance del que lee, revistiendo, claro está, el pensamiento con las formas más galanas que pueda prestarle la imaginación, pues admirablemente dijo el malogrado poeta Balart:

Nunca herirá las fibras del sentimiento,  
 quien pasiones ficticias darnos intente,  
 miserable hojarasca que barre el viento,  
 lo que nadie ha sentido, nadie lo siente;  
 en cambio la poesía fiel y espontánea,  
 que sinceros afectos celebra y llora,  
 de todas las naciones es coterránea,  
 y es de todos los siglos contemporánea,  
 y es de todas las almas consoladora. (1)

De estas dos cualidades, la poesía de Valera tiene una; es sincera, pero no es sencilla; y esta carencia de sencillez le impidió llegar al corazón de todos, le impidió la popularidad que alcanzaron sus novelas, tan cuidadas como sus poesías, pero menos artificiosas, menos *sabias*.

Afirma el erudito autor de la HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX que Valera «sabía mucho para tener grande aceptación». Es verdad, Valera sabía mucho, pero el defecto estriba más que en esto, en que no quiere perder ocasión de demostrarlo.

La profunda amistad que Menéndez Pelayo profesó siempre a Valera, le cegó no poco para que viera los defectos que su poesía podía tener, llegando a afirmaciones un poco exageradas; así en e prólogo a la edición de las poesías de Valera de 1886, dice: «Basta-

---

(1) Poesía «Preludio», del libro Horizontes. Editorial Gustavo Gili. Barcelona 1929, pág. 21.



ría la sinceridad de este libro, para que en él, se fijase la atención de todo lector curioso... y porque su autor sabe lo que se dice y canta lo que siente y lo que piensa, al revés de la mayor parte de los que hacen o hacemos versos en España». Menéndez Pelayo sabía muy bien que una de las mejores cualidades que pueden tener los poetas es la sinceridad, la de expresar fielmente lo que sienten y por eso se afanaba tanto en adjudicársela a Valera.

Las poesías que compuso Valera en su juventud, son las que reflejan más sinceridad y son las de mayor valor poético, lo cual no es óbice para que en ratos de buen humor, las considerara algunas de ellas, y quizá un poco burlescamente, como *tontas y que sólo son pura mentira* (1).

Al lado de estas poesías que podemos llamar de ocasión, «notas circunstanciales en feliz frase de Valbuena Prat, hay otras verdaderamente sentidas; poesías religiosas, semi-místicas, épicas y amorosas, en las cuales la pasión es melancólica y tan apacible que más parece arroyo que lento va deslizándose con suave murmullo, que no volcán impetuoso que arrastra cuanto encuentra a su paso.

Valera puede exclamar como Cervantes:

Yo que siempre me afano y me desvelo  
por parecer que tengo de poeta  
la gracia que no quiso dárme el cielo.

a pesar de lo cual ambos están firmemente convencidos de su personalidad poética. Valera no llegará jamás a la arrogancia de Espronceda y al vuelo de Zorrilla; no interrogará a las Nubes ni se atreverá jamás a enfrentarse con el Sol y decirle cara a cara

Para, y óyeme sol, yo te saludo...

No llegará a proclamar la libertad como único Dios, ni la fuerza como suprema ley, pero en ventaja a estos genios del Roman-

---

(1) En la poesía «La nueva flor del Gnido», acota, «todo esto es mentira y necedad; y, *tonto*, los sonetos que comienzan: «Cuando robó Plutón enamorado» y «Cual la perla que vierte la mañana».

ticismo, tendrá Valera más comprensión e indulgencia, su poesía será más trabajada, excesivamente trabajada, hasta el extremo de quintaesenciar la idea a fuerza de desvestirla, de despojarla del concepto que la cubre, y ofrecérsela de una manera pura y sublime, que al tropezar con la materia y viéndose imposibilitada para conservar su independencia, muere... se extingue para el mundo de las cosas sensibles, y vuelve al reino primitivo de donde brotó, al mundo de las imágenes, donde el espíritu y la idea dominan como soberanos únicos; al mundo de aquella «cuarta esfera» y morada de las cosas suprasensibles, en donde se podrá aspirar a la posesión íntima de la belleza, y donde la presencia de Venus Urania impedirá que jamás sea manchada por el barro de bajas pasiones, pues será completamente desmaterializada.

Valera plantea la lucha entre dos mundos irreductibles; lo ideal y lo real.

El misticismo cristiano y la perenne hermosura del clasicismo pagano, reñirán siempre en el alma apasionada de don Juan, rudo combate para alcanzar la primacía. Valera declaró repetidas veces que no pretendía ni quería enseñar nada con las tesis de sus obras de entretenimiento. No obstante, no hay obra de Valera que no contenga una tesis clara y una profunda enseñanza, que para el autor es lo de menos que se halle acorde y al amparo de la doctrina de nuestra religión.

El tema del misticismo, de la idea pura, o de la hermosura inmaterial en contra del amor, del paganismo clasicista, la encontramos desde muy antiguo en Valera; antes que en sus mejores novelas: PEPITA JIMENEZ y DOÑA LUZ, trató don Juan el tema de la lucha entre el amor-espíritu y el amor-carne, en un precioso cuento en verso sobre la belleza ideal titulado LAS AVENTURAS DE CIDE-YAHYE. La obra está incompleta, pero en la carta-dedicatoria a Menéndez Pelayo, inserta en la edición de CANCIONES, ROMANCES Y POEMAS, y a la cual tantas veces nos venimos refiriendo en estas páginas, expone lo que habría sido el poema una vez acabado; trágico es el desenlace: Raptada Fátima, la bella

esposa de Cide-Yahye, en la cual las ninfas han hecho concurrir todas las gracias y perfecciones, después de múltiples aventuras y luchas, es rescatada por su fiel amante, pero como no se puede gozar la ideal hermosura en este mundo terreno, se ven nuevamente acosados y antes de volverla a entregar la mata a puñaladas. Los dos volarán al Empíreo, único sitio en el que nos es dable gozar de la posesión de la belleza perfecta.

Ahora bien, la ventaja y el inconveniente a la vez que tiene Valera sobre la mayoría de los poetas de su época, y aún de los de la centuria anterior, está en que en sus versos hallamos—como ya he dicho antes—la exposición completa de todo un sistema filosófico, que si bien se puede identificar en mucho con lo teorizado por escuelas determinadas, no es menos cierto que en la forma de exposición de Valera, hay tales novedades y modificaciones que dan a la idea filosófica de su poesía carácter de verdadera originalidad.

Con Platón, Plotino y la escuela teúrgica de Alejandría, se creó una verdadera doctrina del amor, teoría que a través de los trovadores Petrarca y Auziás March pasará al Renacimiento culminando en la obra del judío León Hebreo *LOS DIALOGOS DEL AMOR*. Exponente de esta teoría son las poesías *A LUCIA*, *LAS AVENTURAS DE CIDE-YAHYE*, *AMOR DE CIELO*, *DEL AMOR* etcétera, en las cuales se plantea la lucha entre el amor puro, la belleza ideal y el mundo de lo sensible.

La poesía de Valera adolece de los mismos defectos, si es que lo son en realidad, que son también achacables a su prosa y a su persona; da en algunos casos la impresión de algo inacabado, de algo que si bien el poeta lo comprende perfectamente, no ha sabido plasmarlo con la facilidad que lo ha concebido: «El agujijón de la curiosidad siempre me punzaba, pero la desidia pudo más conmigo» (1). En esta desidia hay que buscar la clave de todos los defectos de Valera; esta desidia que hará que se lleve al sepulcro las

---

(1) De la carta-dedicatoria a Menéndez Pelayo de «Canciones, Romances y Poemas». Madrid, 1886.

tres cuartas partes de lo que había pensado y proyectado escribir, según comunica a Menéndez Pelayo. Su poesía refleja el afán inmenso de saber cuanto hay que saber en el mundo, pero este afán se verá otra vez truncado por la misma desidia: «Yo quise y quiero saber cuanto hay que saber en el mundo, desde los soles ingentes que pueblan el eter infinito hasta el átomo imperceptible», pero el afán se ve truncado ante la llanura inmensa de conocimientos que tiene que abarcar, y después de leer a muchos filósofos y de meditar por sí, nada puede lograr, a la postre se confiesa vencido ya que, «a la edad de sesenta años me encuentro sin ciencias experimentales, sin conocimientos de artes y sin Metafísica» (1).

En esta carta-dedicatoria a Menéndez Pelayo expone Valera sus ideas sobre la poesía, la cual es «a lo que presumo, de dos modos principales; uno, el más peregrino en el cual no me atrevo a jactarme de ser poeta, es cuando, con cierta intuición que hay en el fondo de la mente, sin tocar en lo sobrenatural, aunque rayando casi ya en su esfera y pugnando por penetrarla, se columbran fugitivos resplandores de luz y de hermosuras divinas, lo cual no se ordena en sistema ni se expone en método, ni se prueba con argumentos, pero se dice con primor y el que lo dice se llama poeta» (2). Es pues la poesía según estas palabras, un don divino, y como tal, sólo la poseerán unas pocas almas privilegiadas para expresar las más bellas y sentidas ideas que *ab initio* estarían en su mente. No se podrá aprender con ningún método, es una cosa íntima, y por lo tanto intransferible. En este sentido altísimo, Valera no se considera poeta. Pero hay además otra forma y modo de poesía, no tan álgido pero que también merece este nombre y es digna de ser tenida en cuenta, la cual consiste y está; «en la profundidad y brío con que se siente y piensa lo que piensan y sienten los demás hombres, y en la virtud de expresarlo así, sentido y pensando con tan nítida y poderosa forma, que conmueve y arre-

---

(1) Véase nota 1 de la página 62.

(2) Véase nota 1 de la página 62.

bata las almas, al menos las que son capaces, pues no todas lo son ni con mucho, y las levanta a comprender la beldad y la armonía de los seres, de las pasiones, de las creencias y de cuanto hay de material e inmaterial, mejor en la representación depurada, en el traslado limpio del poeta, que en el borrador original de donde el poeta lo toma». (1) En este sentido Valera se considera y es realmente poeta. La poesía en este caso no es creación, es el revestir la imagen o el hecho real desnudo con los conocimientos que la imaginación presta al poeta; el pensamiento, el nervio, la esencia de esta poesía es común a mucha gente; el valor estriba en la belleza y elegancia de forma que le da el poeta, haciéndola una obra sentida con la fuerza de arrebatar las almas y mover la voluntad. Valera da mayor importancia a la forma que al fondo; aquélla es la túnica rica en adornos que viste el cuerpo desnudo de éste: «los escritos se hacen inmortales y famosos por la belleza y no por las verdades que enseñan».

No deja de reconocer tampoco que la mejor cualidad que debe adornar a todo poeta es la sinceridad. Repetidamente a tal fin, se afana para demostrarnos la suya. «Yo, como todo poeta malo o bueno, pero de buena fe, rara vez he escrito versos sin sentirme entusiasmado, enamorado o movido de otro afecto grande; y aun así, no me ha sido fácil escribirlos, porque se requiere además que el tumulto y hervor de la pasión hayan pasado, o que los domine serenidad poderosa, hasta el extremo de habilitar al poeta para que tome por objeto de su canto, por ejemplo, su más intenso dolor y saque de él una obra de arte». (1) Tan claras y concisas son estas palabras que no necesitan de comentario para precisar el juicio y la estética que formó siempre de la poesía don Juan Valera.

Fué Valera un crítico fino y sutil, y esta buena cualidad, valiosísima en el terreno diplomático, le sirvió poderosamente en el de la Literatura. A veces, bajo palabras lisonjeras y halagadoras no

---

(1) Véase nota 1 de la página 62.

(1) Véase nota 1 de la página 62.



deja muy bien parado a un escritor y obra, pero siempre, también, sabe encubrir lo crudo y lo vulgar. Esta sutileza, este no atreverse a hablar con toda claridad, pero dejando traslucir perfectamente todo cuanto se propone, la pone de manifiesto al escribir: «Mis versos, aun con todas sus faltas, valen lo que vale mi prosa, ya que en ellos está en germen, en cifra, en lírico y conciso resumen, todo lo que he sentido, pensado y escrito más tarde en prosa con mayor amplitud» (1). De sobra conocía Valera al hacer tal afirmación, aparentemente modesta, lo mucho que valía su prosa y el éxito clamoroso que por doquier había tenido. La vanidad le empujó a la poesía; se precia de ser buen poeta: «Y echando la modestia a un lado, porque no declarar también que en algunos de estos versos, principalmente, en *El fuego divino*, en el *Idilio del viejo rabadán* y *A Gláfira*, la nitidez, la elegancia sencilla y la atinada limpieza de la forma, son notables, lo cual de sobra se conoce que no se consigue sobando y limando, sino por dichosa inspiración» (2). Se ha olvidado por completo en nuestros días, la personalidad y el valor de la poesía de Valera. Es injusto. Para negar el valor de una poesía es indispensable leerla, y ni siquiera esto se ha hecho con la de Valera. No se han tenido en cuenta los elogios que como poeta le tributaron Cánovas del Castillo, Aureliano Fernández Guerra, Narciso Campillo y Menéndez Pelayo, y en cambio se ha echado mano de juicios, apasionados muchas veces, de Clarín o de Revilla.

Hay que ir a una revalorización de la obra poética de Valera, pero es forzoso leerla antes, sin apasionamiento y sin el prejuicio de que carece de valor; se dejarán muchas que no pueden resistir un examen serio; entréguense las tales al brazo seglar del Ama, como muchos de los libros de D. Quijote, pero guárdense las otras, que son verdaderas joyas que brillan por su nitidez de forma y su

---

(1) Véase nota 1 de la página 62.

(2) Véase nota 1 de la página 62.

belleza de dicción, en el huerto lleno de abrojos de la poesía de don Juan Valera.

He venido hablando de dos ediciones de las poesías de Valera, la del año 1844, cuando don Juan contaba apenas veinte años de edad, verdadero fracaso que tanto le descorazonó, y la de 1858. Fáltame aludir a la edición que, con el título de «Canciones, Romances y Poemas», vió la luz en Madrid, 1886. Apadrinaban esta edición, la fama de novelista y crítico de que gogaba Valera, y el renombre que en el campo de las letras tenía Menéndez Pelayo, que cuidó de la edición, notas y comentarios. No es de extrañar que obtuvieran un éxito muy distinto de las anteriores, que casi nacieron huérfanas de toda compañía.

Al frente de esta edición figura una Carta-dedicatoria a Menéndez Pelayo, que es uno de los estudios de estética mejores que brotaron de la pluma de Valera, y un documento precioso para estudiar y comprender su poesía, a la vez que, una confesión sincera de los proyectos que formaba el poeta. Por esta carta sabemos lo que había de ser en intención de Valera, aquel cuento sobre la belleza ideal. «Las aventuras de Cide-Yahye». Como el poeta, aprovechándose de uno de los cuentos más graciosos y picarescos de Boccaccio (1), trató de construir una epopeya, que habría sido, a juzgar por el fragmento conservado y por el plan que del conjunto trazó, un verdadero tratado de filosofía platónica del amor. Aquella indolencia, a la que tantas veces alude y siempre le dominó, fué causa de que Valera dejara el poema una vez iniciado. La obra tal como se conserva, con escasas variantes, estaba escrita ya en 1844, lo cual prueba cuán amplia era la cultura de Valera a los 20 años. En esta reedición, inserta muchas poesías juveniles ya im-

---

(1) Es el cuento 7.º de la II.ª jornada del Decamerón: «Il soldano di Babilonia ne manda una sua figliuola a marito al re del Garbo, la quale per diversi accidenti in spazio di quatro anni alle mane di nuove uomini perviene in diversi luoghi; últimamente restituta al padre, per pulcela, ne va al re del Garbo, come prima faceva per moglie».

presas en 1844 y 1858; Valera pule y retoca. Ocupa ahora la Legación española de Washington, pero desde allí no descuidará un solo momento la impresión de su obra, ya en lo relativo al contenido, ya en lo tocante al orden de las poesías. En cartas a Menéndez Pelayo indica repetidamente el género de poesías que deben integrar este volumen: «Primero, lo puramente lírico. Como en esto hay algo de personal y subjetivo, pueden ir las fechas si las hay o si conviene. Segundo, las narraciones cortas en el orden que usted guste, sin decir de qué autor se toman; usted podrá decirlo en sus notas. Tercero, la traducción de *El Paraíso y la Peri*, donde caben muchas notas tomadas del mismo Tomás Moore. Cuarto, la *Fábula de Euforión*. Quinto, el cuento sobre, *Las aventuras de Cide-Yahye*. Sexto, algunas poesías, (más bien pocas) de las de Schack, como la elegía de Abul-Beka, los versos del siciliano Ibu-Handis y algo de Ihn Zeidún a la princesa Walada y del rey Almotamid de Sevilla. Séptimo, la zarzuela: (Titulada «Lo mejor del tesoro», y que a juicio del propio Valera contiene los más hermosos versos que jamás tuvo zarzuela alguna en España). Los idilios de «El Comendador Mendoza», pueden ir al fin de lo lírico» (1). En sucesivas cartas se fueron ultimando detalles para la edición definitiva de esta obra poética.

D. Juan Valera, durante su estancia en la Legación de Washington, había proyectado la traducción de cincuenta o sesenta poesías de autores americanos, que se publicarían con el título de «Ecos de América»; la obra que en el plan del traductor habría contenido poesías de diez o doce poetas americanos, no llegó a publicarse; la temprana muerte de su hijo Carlos y los descabellados amores de Catalina Bayard, laceraron el alma de Valera, y contribuyeron no poco a que esta obra no se llevara a cabo.

En «Canciones, Romances y Poemas», se incluyen algunas tra-

---

(1) Carta de Valera a Menéndez Pelayo, New-Londón, 6 de agosto, 1885. Del Epistolario de Valera y M. Pelayo, editado por Miguel Artigas y P. Sainz Rodríguez, Madrid, 1830. Página 218.

ducciones de poetas americanos: J. Russell Lowell, John Greenleaf Whittier y W. Wetinore Story.

En esta edición no pudo incluirse el poemita «Arcacosúa», (la pulga, en vascuence) y del que escribe el propio Valera, «que es un cuento verde pero que no tiene nada de inmoral ni de grosero», por habersele extraviado al marqués de Valmar o a la Bayard.

En su producción poética se puede ver perfectamente la evolución estética de Valera. Partiendo del Romanticismo: entusiasmo desbordante y grito rebelde, llega a la serenidad filosófica y a la majestad de forma propias de la escuela clasicista.

Por educación, por gusto, por temperamento, Valera vivirá apartado de las externas manifestaciones y extravagancias de los románticos, a la vez que se irá afinando más y más su espiritualidad, hasta llegar a la esclavitud de la forma.

El mismo Valera, tan benigno e indulgente siempre en sus críticas y juicios, tan pródigo en alabanzas a los noveles, es el que con menos apasionamiento ha enjuiciado su propia obra: «Mi escritura no tendría perdón de Dios, ni yo mismo me perdonaría, aunque soy indulgente para con todos y para conmigo, si yo no fuese, o si al menos no me creyese poeta» (1).

A la natural y progresiva desidia que siempre tuvo, hay que añadir otras razones no menos poderosas, que retrajeron a Valera del cultivo de la poesía: «Mi retraimiento y mi casi abandono de las musas, merced al desdén público, han producido en mi varios efectos. El primero ha sido que he escrito poco; con favor y aplauso habría sido yo, a pesar de mi pereza, de fecundidad tal vez deplorable; pero resulta también, que los versos propios y no parafraseados, son en gran parte de los albores de mi vida, y como en aquel tiempo se estudiaba menos que ahora, y yo he ido aprendiendo con desorden lo poco que se, verbigracia, primero la Estética y luego la Ortografía; primero la Metafísica y luego la Gramática, hay en varios de mis versos incorrecciones y faltas para

---

(1) Véase nota 1 de la página 62.

las que pido indulgencia. Asimismo, hay en otros cierta palabrería, aunque nunca en el grado que se usa, y lo que con expresión har-to familiar pueden llamarse *inocentadas de chiquillos*. que también ruego se me perdonen» (1).

Con todos sus defectos, la poesía de Valera tiene tantas y tan buenas cualidades que merece sea tenida en estima; en ella campea la gracia, la pureza de forma, la elevación de pensamiento, la gala-nura del estilo, la sencillez de expresión a la vez que la profundi-dad filosófica, unido todo ello a cierta sinceridad, «porque—dice— los versos están hechos con los propósitos más puros, sin la vana y egoísta esperanza de ganar con ellos dinero, influjo, o al menos fama inmediata, sino sólo por amor entrañable de la misma poesía, y con el anhelo cariñoso de vivir en lo futuro en algunas almas afi-nes a la mía, donde despierte o suscite mi voz simpática resonan-cia, cuando ya no pueda mover con impulso material las ondas del aire» (2). Años después Valera no buscará ya la inmortalidad en la poesía, sino sólo aquel descanso espiritual, aquel consuelo que amorosa le prestará ante todos los fracasos y disgustos de su lar-ga vida.

Es necesario hacer siempre justicia, y hacerla es, el esforzarnos en la rehabilitación de Valera como poeta. Ya hemos dicho en otro lugar, que, Valera ocuparía en el campo de la lírica un lugar digno de mención, de no haber sido el primer novelista de su épo-ca y un crítico afamado. Muchos han pasado por nuestro Parna-so y han visto laureadas sus poesías como modelos de concisión y elegancia siendo inferiores a Valera.

Si tomamos la ironía y la gracia, y hasta la sátira, como sínó-nimo de buena poesía, Valera es superior a Fray Diego González y a José Iglesias. La ironía y la gracia rebosa por doquier en toda la obra de Valera. ¡Y cómo no ha de estar en todo si hasta traslu-ce en su poesía que siempre consideró como don del cielo! Pues

---

(1) Véase nota 1 de la página 62.

(2) Véase nota 1 de la página 62.

bien, en sus versos asoma la ironía. En una de sus poesías, dice:

Y nacieron millares  
de espíritus.....  
formaron con sus alas  
armoniosa música en el viento.

Y al margen de la misma poesía, anota: «como los grillos». Pero aún hay más; lo que aquí es un añadido, una nota marginal, en otra de sus poesías, forma verso; así, en los tercetos «A la reina de los pollos», escrita en «Nápoles, 20 del florido mayo» del año 1847, dice:

Para evitar tan doloroso extremo,  
satisfaciendo tu afición pollesca,  
hallar no logro consonante en emo.

Pocas poesías hay en nuestro Parnaso, si se exceptúan las de Fray Luis de León, a quien sigue e imita, y san Juan de la Cruz, que sean superiores en armonía a las estrofas de «El fuego divino», y que alcancen la fuerza emotiva del romance «Confiteor Deo», o la misteriosa melancolía del «Romance de la hermosa Catalina».

La alegría más sana y más sincera adorna la poesía y toda la producción literaria de Valera. En su novela «Genio y figura», escribe: «No soy yo alegre y regocijado por mera y espontánea energía de mi espíritu, lo he sido y lo soy también porque me impongo, porque me decreto la alegría», y cree firmemente que, la risa debe ser luz, pureza y afirmación: «la risa no debe matar ni perjudicar aquello de que se ríe; al contrario, debe purificarlo y sanarlo» (1).

Crítico tan sagaz como Eugenio d'Ors, escribe: «En el crepúsculo del siglo XIX encontré en las cumbres de la Literatura española a muchas figuras ilustres sobre las cuales hoy empiezan a ejercitarse las funciones justicieras de la segunda revisión... Hubo un artista nada más en aquel tiempo, y el artista fué D. Juan Va-

---

(1) De la novela «Genio y figura».

lera». Esta revisión no se ha llevado a cabo aun con la obra de Valera. Hay que ser iconoclasta con los falsos valores que han sido adorados, pero hay que colocar en el sitio que merezcan a aquellos que, por especiales circunstancias no han sido debidamente celebrados. En el altar de nuestros clásicos y de nuestros escritores en prosa y verso, debe haber una peana reservada con esta inscripción: D. Juan Valera Alcalá-Galiano.

Si del estudio del fondo pasamos al de la forma: rima, métrica y diversas combinaciones estróficas, hallaremos sorprendente variedad y riqueza.

Muchísimas fueron las formas métricas empleadas por Valera: desde el romancillo pentasílabo hasta el romance endecasílabo; desde la octavilla, hasta la octava real y el terceto encadenado, empleó Valera gran cantidad de formas métricas intermedias, llegando a tantear con singular fortuna, la estrofa bermudina, que empleó en la poesía «A la muerte de Laureta», que escribió en 1842 (1). Pareados, tercetos, cuartetos, cuartetas, redondillas, coplas de pie quebrado, quintillas, liras, seguidillas, sextinas, décimas, sonetos, tienen amplia representación en la poesía de Valera, y sobre esta gran diversidad de estrofas, brilla la llama del genio.

Si con estas notas logro que entre la duda en algún espíritu aficionado a la verdadera poesía, sobre el valor y la personalidad poética de Valera, y para desvanecerla acude a la lectura de sus versos, no se canse a los primeros, lea toda su producción, que gustará y aplaudirá sin ningún género de duda; Valera ganará un devoto más.

D. Juan Valera había pecado mucho, pero también sufrió y amó mucho; y es el Dolor lo que más purifica las almas y las acerca a la Luz...

---

(1) Se llama así por ser su creador D. Salvador Bermúdez de Castro, duque de Ripalda. El metro de esta composición es el endecasílabo, con rima: A. B. B. C. D. E. E. D. Los versos 4.º y 8.º tienen rima asonante y generalmente en agudo. En esta estrofa compuso Valera la poesía, «A la muerte de Laureta».

No tuvo jamás intención viciosa en cuanto escribió, y si alguna vez leemos un pensamiento o expresión desenfadada y hasta un tanto peligrosa, en alguna de sus obras, no pequemos de maliciosos ni pretendamos «pasarnos de listos», achacándolo a diabólico plan de pervertir, ya que es debido, más que a la falta de bondad moral, al amor puro de lo bello y al culto libre que siempre profesó al arte.

En sus últimos años ansía la existencia de una vida futura, pero a la vez la teme, y la teme porque, aunque un tanto escéptico, siempre creyó en ella.

Culto al arte, jamás carencia de bondad moral: «Ojalá—escribe en «Genio y figura»—que todo lo que se lea sea tan cándido y tan inocente como este libro, por el cual tengo poquísimos recelos de contribuir a la perversión de su voluntad, excitándola por medio de imágenes y visiones sobrado deleitables».

En la senda progresiva y punzante del dolor, por la cual atravesó Valera sus últimos años, (1) fué dejando rotos girones de sus vanas filosofías y de su peligrosa incredulidad... Por este camino de perfección siempre ascendente, espiritualizó su pensamiento y depuró su corazón que siempre había sido un tanto liviano.

Nuevos males caen con los años sobre el torturado espíritu de Valera... La ceguera material queda plenamente compensada, pues le lleva a comprender la Verdad, y le abre los ojos del alma...

Así llega a encontrar después de haberlo presentado, el camino verdadero que jamás había buscado; en él hallará D. Juan, aquella muda resignación para soportar los múltiples achaques que sufre, sin que la más leve queja asome a sus ya secos labios. Por esta senda de dolor llegara a la «morada eterna de la luz, a la región de

---

(1) Los veinte últimos años de su vida son los más aciagos y dolorosos. Algunas desavenencias conyugales y familiares; el fracaso en su carrera diplomática, los desgraciados amores que inspiró a Catalina Bayard y que la llevaron al suicidio; la temprana muerte de su hijo primogénito Carlos, y la ceguera completa, podían marcar la línea ascendente de tales padecimientos.



dulzura» que tanto soñó y plasmó con insuperable maestría en múltiples de sus estrofas; a aquella «cuarta esfera», que sólo los enamorados de la verdad y tocados por el aura abrasadora del «fuego divino», y esclavos de la belleza ideal, como aquel príncipe andaluz que se llamó Cide-Yahye pueden conquistar y gozar,

Así, guiado por la amorosa mano de su amigo y compañero de Academia, el Rdo. P. Miguel Mir, (1) pudo Valera encenderse en este mismo fuego divino, principio que fecunda y anima la materia orgánica, «alma que de increada fuente brota pura en copioso raudal, que es luz, y es vida, y fuego, e inteligencia y movimiento», que había de llevarle a una gloria más firme y más impercedera que la que jamás soñó alcanzar con la elegancia de su prosa y la gracia y belleza de su verso.



---

(1) Poco antes de morir, Valera había vuelto los ojos a la Verdad y contrito confesó sus faltas con su compañero de Academia y gran amigo, el Reverendo Padre Miguel Mir.